

# EL ENFRENTAMIENTO DEL 18 DE JUNIO DE 1815 ENTRE WELLINGTON Y NAPOLEÓN A LA LUZ DE LOS DEBATES ESTRATÉGICOS DEL SIGLO XVIII: LA CONVENIENCIA DE LA DEFENSIVA Y DE LA OFENSIVA, DEL DESPLIEGUE LINEAL Y DEL DESPLIEGUE EN PROFUNDIDAD

Luc DE VOS<sup>1</sup>

Como es sabido, Napoleón no fue un teórico de la guerra, sino uno de sus más ilustres practicantes. Para él, el arte de la guerra se resumía en determinados aforismos marcados por el sello de concisión. Uno de los que citaba con mayor frecuencia remitía, además, a sus queridos estudios a todos los autores de gruesos volúmenes: “El arte de la guerra es un arte sencillo y es todo ejecución; en él no hay nada de vago, todo es sensatez y en nada es ideológico”. No obstante, Napoleón, en su juventud, había devorado bibliotecas enteras. La lectura de las campañas de Alejandro, de Aníbal, de Cesar, de Turena, del Príncipe Eugenio, de Federico II, le habían parecido la mejor de las maneras para “penetrar en los secretos del arte de la guerra”. Napoleón, que ha sido considerado un genio de la improvisación, otorgaba una importancia trascendental a la “reflexión y a la meditación”. Si parecía improvisar rápidamente en función de las circunstancias, era porque, según él, preveía con anticipación todas las soluciones posibles.

Wellington tampoco era un teórico. Se dice, incluso, que tampoco era un estratega. “Yo soy el que ha formado al ejército inglés en la península (Ibérica)”, llegó a decir Napoleón en su cautiverio de la isla de Santa Elena. Wellington también leyó mucho en su juventud, sobre todo los *Comentarios*

---

<sup>1</sup> Profesor de la École Royale Militaires de Bélgica y Presidente del Comité de Historia Militar.

de César, además de obras en francés como las *Reflexiones* del Mariscal de Saxe y el tratado que Jean Du Teil dedicó al empleo de la artillería moderna. Este hombre que hará la guerra metódicamente, que prepararía sus campañas concienzudamente hasta en sus más mínimos detalles, no tenía vocación de guerrero. “La guerra, dijo, es una cosa innoble y la mayor prueba de la locura humana”

En España y en Portugal, Sir Arthur Wellesley, el que luego sería el duque de Wellington, perfeccionó el orden que Sir John Moore concibió para oponerse a la táctica napoleónica. En sus propias carnes, los ejércitos de Napoleón habían sufrido esta experiencia de la que Napoleón no quería oír hablar: reinventado por Moore y el futuro Wellington, el orden lineal tan desacreditado, y que era el del Antiguo Régimen en la época de la “guerra de caballeros”<sup>2</sup>, varias veces les había hecho fracasar.

¿Orden lineal u orden en profundidad? El debate había prendido en el ánimo de los pensadores militares del primer cuarto de siglo. La táctica lineal era, por entonces, dominante. Tenía como virtudes principales evitar el desbordamiento por las alas y permitir que el mayor número de hombres dispararan simultáneamente, con el fin de conseguir la máxima potencia de fuego. La infantería se situaba en dos grupos de filas y la caballería en los flancos. No había reservas. Cada batallón, que contaba con 600 u 800 hombres, disponía a los fusileros en tres filas. La primera disparaba, pasando a colocarse detrás de la tercera, al mismo tiempo la segunda, que había pasado a ser la primera, disparaba a su vez, etc. La batalla empezaba con el tiro de la artillería que dañaba a las tropas, la contrabatería apenas si se practicaba. La línea atacante avanzaba de forma sinuosa hasta una distancia de 200 metros respecto al dispositivo enemigo y abría fuego. Se acercaba aún más, y el adversario se retiraba o aguantaba, en este caso el asaltante se mantenía a una distancia prudente. Las cargas a la bayoneta y el cuerpo a cuerpo eran tan raras que el Príncipe de Ligne, escritor y militar al servicio de los Países Bajos austriacos, las consideraba puras leyendas. Los inconvenientes del orden lineal eran evidentes: una vez que se adoptaba el dispositivo para la batalla, la infantería maniobraba con dificultad, quedando excluido cualquier movimiento decisivo.

El primero que puso en entredicho al orden lineal fue el caballero Jean Charles de Folard, autor, en 1724, de *Nuevos descubrimientos sobre el arte*

---

<sup>2</sup> N.T. En el original “guerre en dentelles” literalmente “guerra en puntillas”, para describir la que se hacía en los siglos XVII o XVIII en las que los oficiales vestían adornados con puntillas y eran en extremo corteses.

de la guerra, y de un *Tratado de las columnas*, seguidos, entre 1727 y 1730, por los *Comentarios sobre Polibio*. Nacido en Aviñón en 1669, murió en esa misma ciudad en 1752, el caballero de Folard se enroló a la edad de dieciséis años en un regimiento de infantería. En 1709, participó, en el marco de la Guerra Española de Sucesión, en la batalla de Malplaquet, en la que fue herido. Esta batalla, en la que el mariscal Villars se enfrentó al duque de Malborough, le hizo descubrir las carencias del orden lineal.

Para remediar esta situación, Folard preconizó que la infantería formara en columnas, como medio para conseguir la ruptura. Según él, esta no se conseguía mediante el fuego, sino con el choque. El ataque en columnas le parecía la única manera de perforar las líneas del adversario, recomendando que se hiciera por el centro, pues así el efecto psicológico sería mayor. La columna presentaba la ventaja de adaptarse al terreno con mayor flexibilidad que los batallones desplegados en línea, resultando ser más móvil. Por último, este dispositivo de combate le parecía a Folard que convenía más al espíritu de los franceses, cuyo temperamento les llevaba a preferir la ofensiva a la defensiva.

Folard era partidario a ultranza de la ofensiva. Desde el comienzo de una campaña, convenía buscar el aniquilamiento del adversario. Siendo mediante la movilidad y la rapidez en la acción como se conseguía materializar esta decisión. Por este motivo, era importante fraccionar las tropas. Los ejércitos no deberían tener más que unos efectivos limitados, que les permitieran maniobrar más fácilmente y vivir sobre el terreno.

La sorpresa era otro de los elementos esenciales en el pensamiento de Folard. Caer de improviso sobre el enemigo, preferentemente cuando este fuera en orden de marcha, debería ser el medio de conseguir una acción decisiva rápida y poco costosa en vidas.

La obra de Folard despertó un gran interés entre los pensadores militares de su época. En Francia, ocupó durante decenas el centro de los debates estratégicos, hasta que fue sustituida por los escritos de Guibert en los años 1770. Federico II le dedicó, en 1761, un ensayo bastante crítico titulado *El espíritu del caballero de Folard*.

Nacido en Dresde en 1696, el futuro mariscal de Saxe también se vio atraído por las teorías de Folard. Al igual que éste, estuvo en Malplaquet, aunque del lado de los Imperiales. En 1720, Maurice de Saxe pasó al servicio de Francia. Durante la Guerra de Sucesión de Austria, gozaría sucesivamente de las victorias de Fontenoy en 1745, de Raucoux en 1747 y de Laufeldt en 1748.

El mariscal de Saxe escribió las *Reflexiones o memorias sobre el arte de la guerra* y *El espíritu de las leyes tácticas*. Se pueden leer varias máximas

que podrían atribuirse a Napoleón: “Todas las ciencias tienen sus principios y reglas; la guerra no”; u otra: “En las piernas está todo el secreto de las maniobras y los combates”

Como Folard, Maurice de Saxe recomendaba que los ejércitos se constituyeran con efectivos poco numerosos, fáciles de maniobrar. Aunque basado en modelos antiguos, el esquema para la reorganización de los ejércitos que propuso dejaba entrever el sistema divisionario que el mariscal de Broglie y Choiseul introdujeron en Francia durante los años 1760.

El mariscal de Saxe resaltó la importancia del factor moral en la guerra. Un buen general no debe dejar de motivar a sus tropas, la valentía y coraje deben estimularse sin cesar.

A diferencia de Folard, el mariscal de Saxe no recomendaba la búsqueda, desde el principio, de la batalla decisiva. Prefería la aproximación indirecta, escribía: “No soy partidario de las batallas, sobre todo al inicio de la guerra; y estoy convencido que un general hábil puede hacerlo durante toda su vida sin verse obligado a ello”

En el plano táctico; Maurice de Saxe se apartaba de Folard. No creía en el valor de choque de la columna. Insistía en su vulnerabilidad ante los fuegos de la artillería. Personalmente tenía la experiencia de Fontenoy, cuando los franceses aplastaron la columna principal de ataque compuesta por 15000 hombres que el duque de Cumberland había constituido para ir contra su centro. Para él la lección era clara: el orden lineal era superior al orden en profundidad

Prefiriendo la defensiva a la ofensiva, Maurice de Saxe tenía, no obstante, una mente suficientemente flexible para elegir la ofensiva cuando la situación le era favorable. El 11 de octubre de 1746 en Raucoux, innovó el ataque con ayuda de cinco columnas que actuaron como cinco divisiones autónomas en misiones complementarias. En esta, por primera vez desde hacía mucho tiempo, el defensor sufrió más pérdidas que el asaltante y con ella se inició el principio de la rehabilitación de la ofensiva, del choque contra el fuego.

Sin lograr la misma resonancia que los escritos de Folard o de Guibert, la obra del mariscal de Saxe, no obstante, influyó en alguna medida en este último y también en Napoleón. Más que principios universales, Maurice de Saxe buscó soluciones a problemas prácticos, tales como a los que se enfrentó en su experiencia de la guerra. Propuso, por ejemplo, sustituir por números el nombre de los regimientos, fórmula que se adoptó a finales de siglo dieciocho.

Napoleón por su parte, había leído y reflexionado sobre los *Principios de la guerra de montaña* de Bourcet, aparecidos en 1788. Nacido el uno de

marzo de 1700 en el Delfinado, murió en Grenoble en 1780, Pierre-Joseph Bourcet era hijo de un oficial y en, 1719 se alistó como artillero voluntario en el Ejército de España. Ingeniero militar, participó en varias campañas en Italia y Alemania, conoció la guerra austriaca de sucesión (1740-1748) y la de los Siete Años (1756-1763), en el transcurso de la cual se distinguió en la batalla de Rossbach (5 de noviembre de 1757). En 1769 hizo su última campaña en Córcega, combatiendo contra los independentistas. Desde 1763 a 1770, Bourcet dirigió los trabajos de fortificación de Tolón. Magnífico cartógrafo, levantó la carta que fijaba la frontera del Delfinado, y, en 1760 presidió la comisión encargada de establecer el trazo de las fronteras entre Francia y el Reino de Piamonte-Cerdeña.

Los *Principios de la guerra de montaña* se editaron ocho años después de la muerte de Bourcet. Una de las ideas maestras de la obra era el principio de la “defensiva activa a partir de una posición central”. A partir de una posición central, escribía Bourcet, “se puede siempre hacer un movimiento elástico<sup>3</sup>, es decir, trasladarse a la izquierda cuando se juzgue que ya no se puede sostener la derecha y recíprocamente caer sobre la derecha cuando el enemigo allí se presente en fuerza. Si el enemigo se divide, se podrá caer en fuerza sobre el cuerpo más débil”.

Otro principio denotado por Bourcet era el de la “dispersión calculada”, con el fin de obligar al enemigo a dispersar sus fuerzas, estando siempre listo para reunir rápidamente las propias. Bourcet pretendía el rendimiento máximo de los medios, uno de los principios del arte de la guerra querido por Napoleón.

Otro escritor militar francés innovador que tuvo alguna influencia en Napoleón fue Jean Du Teil, nacido el 7 de julio de 1738 en la Côte Saint André en el Delfinado. Tras haber servido en el ejército francés bajo el Antiguo Régimen, escaló todos los peldaños del escalafón hasta alcanzar el grado de mariscal de campo (equivalente al de general de división), Du Teil también participó, en 1793, formando parte del Ejército de los Alpes, en la guerra al lado de los revolucionarios franceses. Especializado en la artillería, que Gribeauval acababa de reformar, normalizándola y haciéndola más móvil. En 1778 Du Teil publicó un tratado titulado *El empleo de la nueva artillería en la guerra de campaña*. La movilidad y la concentración de los fuegos eran los dos principios centrales del tratado de Du Teil. “Hoy, escribía, el emplazamiento y el desplazamiento de las baterías

---

<sup>3</sup> N.T.: En el original “faire de la navette”, esta locución, en su acepción militar significa, llevar a cabo un movimiento de ida y vuelta.

deben ser tan rápidos como los movimientos rápidos de las tropas». Du Teil recomendaba siempre esforzarse para utilizar la artillería dentro de su alcance eficaz, pues, «es necesario imponerse al enemigo por los efectos, y no por el ruido ni el humo». Era preciso que tampoco se descubrieran las baterías destinadas al ataque principal, ni disparar prematuramente sobre los puntos en los que se iba a abrir la brecha, pues esto implicaba desvelar las intenciones al enemigo. Para conseguir la máxima potencia, Du Teil preconizaba la concentración de los fuegos en el centro del sector de tiro, principio que Wellington aplicaría con éxito el 18 de junio de 1815 en la batalla de Waterloo.

Pero fue Guibert el que más influyó de manera determinante en el joven Bonaparte, y se dice de este último que hizo su primera campaña en Italia llevando el *Ensayo general de la táctica* de Guibert bajo el brazo. Nacido en Montauban en 1743, el conde Jacques Antoine Hippolyte de Guibert había acompañado a su padre en los ejércitos desde la edad de trece años. Militar, filósofo, miembro de la Academia Francesa, Guibert publicó en 1772, el *Ensayo general de la táctica*, posteriormente en 1779, una *Defensa del sistema de guerra moderno*, que en muchos aspectos contradecía a su primera obra.

*El Ensayo general de táctica* tuvo una considerable resonancia. La defensa de los filósofos, con la que el Ensayo abría la introducción, evidentemente no era extraña dado que Guibert era un hombre de su época. Sin embargo, también entreveía la posibilidad de grandes cambios, tales como pronto iban a producirse y que derrocarían el antiguo orden que reinaba en el viejo continente. “Supongamos, escribía en el *Ensayo general de la táctica*, que en Europa surgiera un pueblo que uniera a la austeridad de sus virtudes y a su milicia nacional un plan concreto expansión, que no perdiera de vista este sistema, que, sabiendo hacer la guerra con pocos costes y aprovechar sus victorias, no se viera obligado a dejar las armas por meros cálculos financieros: veríamos como ese pueblo sometería a sus vecinos, y echaría abajo nuestras débiles instituciones, al igual que el frío viento del norte inclina las débiles cañas”. Los dos temas centrales que le sirven a Guibert para articular el *Ensayo general de táctica* son, por un lado, el llamamiento para constituir un ejército de ciudadanos patriotas, que, a su vez se encuentra en el pensamiento de los filósofos como Montesquieu y Rousseau, y, por otro, la importancia de los movimientos en las operaciones militares.

Al igual que Folard, Guibert consideraba que el temperamento del soldado francés propende más a la ofensiva que a la defensiva. Por lo tanto, ponía el acento en la movilidad y la autonomía de acción que debían, según

él, beneficiar a los jefes en el transcurso de la batalla. Para el mariscal de Broglie, Guibert retomó el fraccionamiento del ejército en divisiones que operarían enlazadas entre sí; además era preciso aligerar los servicios de aprovisionamiento, lo cual implicaba que los ejércitos vivieran a costa de los territorios ocupados.

En Guibert, el concepto de la maniobra es el eje central. “El arte está en desplegar sin llegar a verse comprometidos, presionar sin desunirse, ligar las operaciones a los ataques del enemigo, atacar sus flancos sin exponer los propios”. Mediante la maniobra se tratará de imponer al enemigo la propia voluntad. “Un general hábil, continúa diciendo, lleva a cabo la batalla desde lejos por medio de otras operaciones que fuercen al enemigo a hacer lo que él desea que haga, y le conducen, de esta forma, hasta el campo de batalla que le ha preparado”

Guibert, contrariamente a lo que se dice, no es partidario de la guerra de masas. En la *Defensa del sistema de guerra moderna* que publicó en 1779, vislumbró con pavor la posibilidad de guerras nacionales, en las que las poblaciones civiles serían las primeras en sufrir. Renegando de la mayor parte de las concepciones anteriores, Guibert renunció en ese momento a la idea del soldado-ciudadano, que le parecía portadora de toda clase de peligros. Hizo un llamamiento a las guerras limitadas, que sólo afectarían a ejércitos profesionales. Por otro lado, Guibert no creía en las virtudes del orden en profundidad, y negaba el efecto de lo que él denominaba el “pretendido choque”. “El orden primitivo, fundamental y habitual de la infantería, escribía, será el de tres filas en profundidad; el orden temporal y excepcional será en columna”. Influidor por Federico II de Prusia, Guibert era partidario del orden oblicuo, que consistía en ocultar al enemigo una parte de la línea del frente dispuesta en orden lineal, mientras que se colocaba otra a vanguardia para atacar el frente del adversario.

El orden lineal no fue, en cualquier caso, una cuestión que preocupara a los ejércitos franceses de la Revolución y del Imperio. Muy pronto, Saint-Just y Carnot, comprendieron que los ejércitos de voluntarios eran inadecuados para combatir siguiendo las reglas que los ejércitos del Antiguo Régimen practicaban todavía. “El arte militar de la monarquía ya no nos conviene”, afirmaría Saint-Just. En 1793, el general Griomard redactó una memoria titulada *Estudio sobre la fuerza del ejército francés*, en la que destacaba la importancia del arrojo en el combate y preconizaba el ataque a ultranza. Es preciso, decía, acostumbrar al soldado “a no contar el número de enemigos, [...] a que se lance bruscamente sobre las bayonetas, sin preocuparse de disparar, ni de hacer maniobras para las que no están preparadas las tropas francesas”. Las exhortaciones para “actuar en masa y siempre

ofensivamente” serán el *leitmotiv* que guiará a los ejércitos de la Revolución. El combate en columna y con tiradores se generalizará.

En los ejércitos de Bonaparte, tras un enjambre de tiradores en guerrilla que desplegaban a vanguardia y que hacían numerosos blancos en un dispositivo compacto de un enemigo siempre fiel al orden lineal, avanzaban los batallones de choque, escalonados en profundidad. Con el fin de aplicar al máximo el orden en profundidad, Napoleón organizaba su ejército en tres escalones de divisionarios, y cada división en varios escalones de batallón. Entre otras innovaciones de Napoleón en el plano de la organización de sus ejércitos, se tiene que destacar, además de la creación del cuerpo de ejército bajo las órdenes de sus mariscales, el aumento del número de regimientos de caballería para el choque y la persecución, la creación de una importante reserva de caballería a las órdenes de Murat (40.000 caballos en 1812), la creación de la Guardia Imperial y la importancia de una artillería muy numerosa y móvil.

En el aspecto estratégico, el gran principio al que siempre se atuvo Napoleón era de una sencillez muy clara: ser más fuerte allí donde se hubiera decidido dar el golpe decisivo. “El arte de la guerra consiste en, con un ejército inferior, tener siempre más fuerzas que el enemigo en el punto en que se quiera atacar y en el punto donde se sea atacado», preconizaba Napoleón. La aplicación de este principio, denominado de economía de fuerzas o del máximo rendimiento de los medios, y el sistema divisionario, a partir de 1805 fraccionado en cuerpos de ejército, permitían adoptar dos formas de actuación: la maniobra sobre la retaguardia del enemigo y la maniobra por líneas interiores o sobre la posición central. Esta última se ponía en práctica en caso de inferioridad numérica en relación al adversario, y cuando las fuerzas de éste estuvieran fraccionadas o fuera posible fragmentarlas. El principio era muy sencillo: elegir a uno de los adversarios como primer objetivo, marchar contra él con el máximo de fuerzas posibles, mientras que uno o varios cuerpos de observación impedían al otro adversario, o al resto de los adversarios, reunir sus fuerzas con el primero. Napoleón disponía de dos herramientas muy valiosas para conseguir el éxito en la maniobra por líneas interiores: una, la movilidad de su ejército; otra; la unidad de mando. Cuando, en la campaña de 1815, sus órdenes se transmitieron o se ejecutaron mal, la maniobra fracasó.

Desde luego, que también Napoleón tenía sus limitaciones, así despreció el uso de algunas técnicas modernas, dando de lado, por ejemplo, al empleo de globos de observación, y juzgó sin interés las invenciones de Fulton (submarinos y minas submarinas). Totalmente ocupado en el teatro europeo, no dio importancia a lo que pudiera suceder en otros continen-

tes, este es el caso de América, donde vendió a los Estados Unidos, en 1803, la parte de la Luisiana que España había reintegrado a Francia tres años antes.

Poco a poco, los adversarios aprendieron sus métodos, mientras que él no supo renovar su forma de actuar. Las tropas prusianas vencieron, en terreno conquistado, con mayor arrojo que las francesas. Prusia adoptó el servicio militar generalizado, dotándose de esta forma con unos efectivos enormes. Más aún que los franceses, practicó el orden en profundidad. Los británicos conservaron su sistema, pero mejorándolo. El ejército británico siguió siendo un pequeño ejército de élite, los británicos echaban mano de los aliados cuando necesitaban un efecto de masa. En campaña, mientras que los ejércitos prusiano y francés vivían a costa de las poblaciones locales, los británicos pagaban todos sus aprovisionamientos y el pillaje se castigaba severamente.

En el ámbito de la táctica, un general inglés, Sir John Moore, había estudiado a fondo los métodos franceses, y creó un dispositivo que Wellington perfeccionaría cuando se enfrentó a ellos en la Península Ibérica. Al igual que en la táctica lineal, Moore proponía situar en línea un gran número de batallones, desde el principio de la acción, con el fin de conseguir una potencia de fuego superior a la del adversario. El cálculo de John Moore era sencillo: oponiendo simultáneamente 600 tiradores a una columna de atacantes franceses, incapaces, en el momento del asalto de hacer fuego, y únicamente protegidos por 130 tiradores desplegados, el resultado debería ser fulminante, “no porque los combatientes sean superhombres, decía Moore, sino porque 600 balas bien colocadas son más potentes que 132”. Para lograr mejores resultados, tanto Moore como Wellesly sometieron a sus infantes a una instrucción rigurosa haciendo de ellos los mejores tiradores de Europa. En el caso de que los batallones franceses desplegaran a tiempo, la infantería británica formaba rápidamente en dos líneas, en lugar de tres como los franceses. A base de adiestramiento los británicos consiguieron aumentar en un tercio la velocidad de las operaciones de carga de sus fusiles, la potencia de fuego de un batallón británico desplegado en dos líneas era el doble de la de un batallón francés desplegado en tres. Por último, la infantería británica estaba instruida para adoptar la formación de cuadro en caso de ataque de la caballería.

En España y en Portugal, Wellesly aplicaría los métodos de Moore, eligiendo cuidadosamente el terreno en el que presentaría cara al ataque enemigo. Wellesley elegía preferentemente una posición dominante, y situaba al grueso de su fuerza en contra pendiente, en el lado opuesto a la dirección del ataque enemigo. En la cima, una hilera de tiradores batía a los asaltan-

tes que subían con dificultad por la pendiente. Una vez en la cresta, los atacantes eran recibidos por un fuego nutrido de infantería y de artillería. El general Bugeaud, que durante siete años combatió en la Península Ibérica, describió el efecto desmoralizador que esta táctica tenía sobre las tropas francesas. A Bugeaud le impresionaba la sangre fría de los británicos; “silenciosos e impasibles, erigidos “como un largo muro rojo”, mientras los asaltantes avanzaban. Una vez que éstos estaban al alcance de sus fusiles giraban un cuarto de vuelta y encaraban sus fusiles. La respuesta era una andanada simultánea, precisa, de efecto mortal, que nos golpeaba como un rayo”. Los británicos se lanzaban a continuación al asalto y perseguían al adversario en desbandada durante una centena de metros, antes de volver a formar la línea, listos para hacer frente a otro ataque.

Napoleón, que había triunfado en España antes de dejar esta zona de operaciones en manos de sus generales, no quiso saber nada de las innovaciones tácticas de las que sus subordinados eran víctimas. Achacaba a sus respectivas incompetencias los reveses que sufrían y no sacó lección alguna de la Península Ibérica. La mañana misma de la batalla de Waterloo, el mariscal Soult le previno de la solidez de la infantería británica, y le propuso que recuperara al cuerpo de ejército de Grouchy, 30.000 hombres encargados de impedir que los prusianos se unieran a las tropas de Wellington. Pero Napoleón no quiso saber nada del caso: “Porque os ha derrotado, dijo a Soult, le veis como un gran general. Yo, os digo que es un mal general, que los ingleses tienen una tropa muy mala y que esto será el tema de la comida”.

El 18 de junio de 1815, en un terreno que le era favorable y que había reconocido el año anterior, Wellington decidió poner en práctica, una vez más, su temible táctica de la contra pendiente. Desplegado en orden lineal en la meseta de Mont-Saint-Jean, su dispositivo seguía una línea de crestas ligeramente cóncava hacia el Oeste. Napoleón había organizado sus fuerzas en profundidad en la meseta de la Belle-Alliance. Para ir de una a otra era necesario atravesar un espacio de un kilómetro aproximadamente, ondulado y surcado por arroyos someros. En la noche del 17 al 18 Wellington, cuando recibió la garantía de contar con el apoyo de los prusianos, decidió aceptar la batalla.

Excepto una brigada Belga-holandesa, la brigada Bylandt, colocada delante de la cresta de Mont-Saint-Jean, la infantería de Wellington estaba desplegada en la contra pendiente tumbada entre los campos de centeno, u oculta tras los setos y los taludes del camino que seguía la línea de crestas. El plan de Napoleón, del que no existe prueba escrita, parece que era romper al ejército de Wellington por el centro y hacerle retroceder más allá de

Mont-Saint-Jean. Por fin al amanecer, se lanzó un ataque secundario contra una granja situada a vanguardia del ala derecha del dispositivo de Wellington, la granja del Goumont. Considerado posteriormente como un ataque de diversión, este ataque movilizó durante una parte de la tarde a tropas que hubieran sido muy necesarias en otro lado pero que, como consecuencias de las órdenes mal transmitidas o mal comprendidas, el príncipe Jerónimo Bonaparte, hermano de Napoleón, las utilizó en su empeñamiento por conquistar esta granja que los británicos habían transformado en un verdadero campo inexpugnable.

El ataque principal francés comenzó aproximadamente a las dos de la tarde precedido por un cañoneo de unos treinta minutos que no sirvió para gran cosa, pues el suelo estaba empapado por la lluvia de las tormentas impidiendo que las granadas de cañón rebotaran. Cuatro divisiones de infantería se lanzaron al asalto de la meseta de Mont-Saint-Jean, en falanges compactas que presentaban un frente de ciento sesenta a doscientos hombres, lo que las hacía muy vulnerables a los fuegos de la artillería del adversario. Apretados en masa uno tras otro los batallones no podían ni desplegar, ni formar el cuadro y sólo las primeras filas podían disparar. Cuando los infantes franceses llegaron a la cima de la cresta, sus filas estaban ya muy aclaradas por los disparos de artillería, y fueron recibidos a quema ropa por los de Wellington que estaban tumbados en los campos de centeno. La caballería aliada entró entonces en acción y causó estragos entre los franceses, incapaces de adoptar la formación de cuadro.

La derecha del centro, que estaba siendo machacado por la artillería francesa, retrocedió a las órdenes de Wellington, lo que fue interpretado por el mariscal Ney como un síntoma de retirada. Lanzó a 10.000 jinetes al asalto de la meseta los cuales recibieron el fuego de la artillería enemiga, a continuación fueron a chocar contra su propia infantería que estaba tratando de constituir el cuadro. Todos los ataques de la caballería francesa fracasaron.

Mientras tanto, al este, los prusianos llegaban lentamente al campo de batalla, al mismo tiempo que el mariscal Grouchy que tenía que contenerles permanecía fuera de juego. Debiendo dispersar sus fuerzas, Napoleón, que había puesto, al final de la jornada, en serio peligro a Wellington, se vio obligado a lanzar sus últimas reservas, la Guardia Imperial partió al asalto de las líneas inglesas. Hicieron falta sólo unos veinte minutos para que fracasara el ataque de la Guardia y esta retrocediera. En el lado francés, cundió la desbandada, y la caballería prusiana, irrumpió en el corazón de la pelea, rematando el trabajo. A las 21 horas, la derrota del ejército francés era total. Napoleón subía a su berlina e iniciaba la huida hacia la frontera francesa.

Numerosos factores explican la derrota francesa y alimentan las polémicas desde hace dos siglos, el terreno, la elección de tácticas sensatas por parte de Wellington (despliegue de la infantería en la contra pendiente, adopción rápida de los cuadros para recibir las cargas de la caballería francesa) impidieron, sin duda, que Napoleón venciera a los británicos antes de que llegara el apoyo de los prusianos. Estos, desde luego, fueron también un aporte determinante. Para minimizar su importancia, Wellington decidió dar a la batalla el nombre de Waterloo, ciudad en la que había establecido su cuartel general, pues su nombre sonaba más a inglés que el de Belle-Alliance, denominación propuesta por Blücher, y que hubiera hecho justicia a la contribución de los prusianos en la defenestración definitiva de Napoleón.

Este último aceptó muy mal su derrota de tal manera, que algunos años más tarde, en la isla de Santa Elena, dictó, a propósito de su última campaña, unos comentarios que contienen una singular mala fe y no están exentos de un involuntario humor. “El general inglés, subrayaba, aceptó el 18 la batalla de Waterloo. Este empeño era contrario a los intereses de su nación, al plan general de la guerra adoptado por los aliados; violaba todas las leyes de la guerra [...]. La mala elección de su campo de batalla le impedía por completo la retirada (a causa del bosque que tenían a sus espaldas), siendo esto la causa de su éxito”.

La batalla de Waterloo, en la que triunfó el fuego sobre el choque, abrió un período en el arte militar donde la defensiva predominó ante la ofensiva. En el siglo diecinueve, la aparición de los cañones rayados, primero en los fusiles, después en la artillería, la sustitución de bronce por el acero y finalmente la invención de la ametralladora, aumentaron considerablemente la potencia de fuego de los ejércitos e impusieron la devastación o el vacío en los campos de batalla. A las ciudades se les incorporaron nuevas fortificaciones, pues las antiguas no resistían los nuevos calibres. Inspirándose en las operaciones de Wellington en las Torres de Vedras, el concepto de reducito fortificado se impuso en Europa durante la segunda mitad del diecinueve. El ingeniero militar belga Henri-Alexis Brialmont, que había estudiado la vida de Wellington y que le dedicó, en 1855, un libro prohibido en la Francia del Segundo Imperio por considerar que atentaba contra la memoria de Napoleón I, fortificó Amberes y las dos ciudades clave del Mosa en Bélgica, Lieja y Namur, diseñando también fuertes con forma poligonal provistos de torretas de acero.

Tras su amarga derrota en 1870-1871, los franceses preconizaron de nuevo la ofensiva a ultranza, concepción anacrónica de la estrategia y la táctica napoleónicas mal comprendidas, que no tenía en cuenta el aumento de la potencia de las armas de fuego. Las hecatombes de 1914 fueron inútiles,

la “furia francesa” resultó ser irrisoria frente al fuego mortal de las ametralladoras alemanas. Tras una corta guerra de movimiento, una inmensa línea de frente fijó a los ejércitos desde Suiza al mar del Norte, hasta que el carro, en el que se alían la movilidad, la protección y la potencia de fuego, permitió la ruptura e hizo de nuevo posible la guerra de movimiento.

Siempre ha sido necesario reinventar la estrategia y la táctica ante cada innovación técnica. En el siglo dieciocho, el orden lineal se impuso, puesto que se quería aprovechar la mayor potencia de fuego de las armas. El arte de la guerra llegó a un callejón sin salida, los pensadores militares buscaron nuevas soluciones, de esto se aprovechó, durante una veintena de años, la Francia revolucionaria y después la napoleónica, hasta que sus adversarios aprendieron a vencer el rodillo compresor de sangre y fuego al que Europa vio sometida durante dichos años. Sin haber introducido una innovación fundamental, pero “haciendo nuevo con lo viejo”, los británicos, inspiradores y financieros de todas las coaliciones contra Francia, supieron, cuando se vieron directamente implicados en el teatro europeo, encontrar el dispositivo táctico para contener los métodos franceses de guerra.

## BIBLIOGRAFÍA

- BERNARD H.: *Guerre totale et guerre révolutionnaire*, t. I, Bruxelles, 1977.
- BERNARD, H.: *Le duc de Wellington et la Belgique*, Bruxelles, 1973.
- BOIS, J. P.: *Maurice de Saxe*, Paris, 1992.
- CHALIAND, G.: *Anthologie mondiale de la stratégie*, Paris, 1990.
- COLSON, B.: *L'art de la guerre de Machiavel à Clausewitz*, Namur, 1999.
- COLSON, B. et COUTAU-BÉGARIE H.: sous la dir. de, *Pensée stratégique et humanisme : de la tactique des anciens à l'éthique de la stratégie*, Paris, 2000, p. 125-146.
- CORVISIER, A.: sous la dir. de, *Dictionnaire d'art et d'histoire militaire*, Paris, 1988.
- CORVISIER, A.: sous la dir. de, *Histoire militaire de la France, t. II, De 1715 à 1871*, Paris, 1992.
- DELMAS, J. et LESOUEF, P.: *Napoléon, chef de guerre : le déclin*, Paris, 1970.
- DE MONTBRIAL, Th. et KLEIN, J.: sous la dir. de, *Dictionnaire de stratégie*, Paris, 2000.
- DE VOS, L.: *Les quatre jours de Waterloo*, Louvain-la-Neuve, 2002.
- DE VOS, L.: *Introduction à l'histoire des guerres modernes*, Bruxelles, 2005.
- PARET, P.: sous la dir. de, *Makers of modern strategy\_: from Machiavelli to the nuclear age*, Princeton, 1986.
- POIRIER, L.: *Guibert (1743-1790). Les voix de la stratégie*, Paris, 1977.
- SOBOUL, A.: *Dictionnaire de la Révolution française*, Paris, 1989.
- TULARD, J.: , *Dictionnaire Napoléon*, Paris, 1987.
- VAN DER POTEN, St.: *Napoleontische strategie en tactiek : theoretische basis en praktische toepassing*, mémoire de licence inédit (KUL), 1995.
- WANTY, E.: *La pensée militaire des origines à 1914*, Bruxelles-Paris, 1962.